

**Homenaje pronunciado en la catedral de San Pedro  
(Ginebra)**

**(20 de diciembre de 1996)**

**Fernanda Calado — Ingeborg Foss — Nancy Malloy —  
Gunnhild Myklebust — Sheryl Thayer —  
Hans Elkerbout**

Eran seis. Seis seres humanos que, valiéndose de sus conocimientos, de sus manos, con el corazón, brindaban a los heridos del conflicto checheno un cobijo, asistencia médica, una sonrisa, consuelo. Eran de Canadá, de España, de Noruega, de Nueva Zelanda y de los Países Bajos y todos bajo la égida de la cruz roja. Trabajaban en el hospital del CICR en Novy Atagui. Ahora están muertos. El séptimo fue herido por una bala que hubiera podido matarlo. Y todos los demás, testigos de esa matanza, son la encarnación misma del dolor solidario.

Más allá del estado de conmoción, de indignación, de interrogantes, está el sufrimiento, nuestro sufrimiento. El de haber perdido a seres queridos, seres que nunca hubieran debido morir, no tan pronto, no así. El sufrimiento de sus familiares, el de sus colegas y amigos, el de todo el mundo de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, el de las personas que nos rodean diariamente. «Incluso la Cruz Roja», dicen. Incluso la cruz roja. Ese signo que pertenece a la humanidad víctima, ese signo que es el de la vida y el de la esperanza, ese signo que debía proteger...

Este sufrimiento que nos embarga, está lleno de cólera. Fue un asesinato brutal, cruel, implacable, a sangre fría. ¿Nos permite continuar creyendo en la dignidad del ser humano, de todos los seres humanos? ¿Ha de verse en el hombre lo que es o lo que queremos que sea?

Y, además, la duda. Esa duda lancinante. ¿Hasta dónde debe llegar la misión humanitaria, la misión médica? ¿Dónde comienza el compromiso y dónde termina? ¿En qué momento hemos de renunciar? ¿A qué precio para aquéllos a quienes brindamos ayuda?

En el momento cruel en que nos reunimos para honrar la memoria de los desaparecidos, para compartir nuestra pena y la de sus familiares, olvidemos por unos instantes el lugar en que nos encontramos. Olvidemos la comodidad, la seguridad, la agradable llegada de la Navidad en una ciudad iluminada.

Estamos en un lugar cualquiera de Chechenia. Las montañas nevadas del Cáucaso dominan la planicie. Los habitantes de Grozni, los de los pueblecitos y aldeas, intentan reconstruir sus viviendas derruidas, atender a los heridos, reorganizar su vida destrozada, pues hay tantas vidas destrozadas, chechenas y rusas. Pero todo escasea. Las tuberías de agua están deterioradas, las bombas hidráulicas ya no funcionan, el sistema de alcantarillado está atascado. Las enfermedades acechan. No hay medicamentos, y los que hay son caros o insuficientes. Las estructuras médicas están casi completamente destruidas.

La alimentación disponible en el mercado no está al alcance de todos los bolsillos. Los ancianos más vulnerables van a los comedores de la Cruz Roja, donde toman un almuerzo caliente y empaquetan con precaución un mendrugo de pan, que será su cena.

Los familiares están separados. Muchos de los que huyeron no se atreven a regresar. Algunos de los que se quedaron tienen miedo y se van.

Los niños saltan al contacto de minas.

Nuestros seis colegas perdieron la vida cuando habían llegado precisamente para insuflar ese soplo de vida en el hospital. Como todos los delegados del CICR, creían en un ideal humanitario. Ese ideal que es un gesto, un gesto para con el prójimo.

La vida de los delegados está hecha de entusiasmo. También está impregnada de miedo, en los momentos difíciles, y de lo que va más allá del miedo, de la aceptación de una cierta fatalidad, pero no de la fatalidad del crimen. La vida de los delegados está entretejida de valor, de grandes alegrías cuando un acto humanitario aporta consuelo, de profundo pesar cada vez que ha de recomenzarse la labor. Esa vida está hecha de trabajo, de abnegación, de dominio de sí mismo, a veces de tensiones, pero también de risas, de ayuda mutua, de amistad. Es una vida de equipo. Para muchos, es LA VIDA, en medio de ruinas, ciertamente, pero también en medio de los más menesterosos y en el corazón mismo de la solidaridad que los une.

Así, para nosotros, en el CICR, la muerte que ha segado seis vidas ha alcanzado a miles de otras a su paso, la de todos los colaboradores

locales y expatriados del CICR, tanto los de Suiza como los de Sociedades Nacionales, la de todas las víctimas del conflicto checheno que pagan el precio de ese asesinato. Este duelo, lejos de postrarnos, ha de unirnos en el rechazo de lo intolerable, de lo insostenible. Ha de unirnos para hacer del CICR una Institución aun más fuerte al servicio de las víctimas.

Este duelo debe también hacernos reflexionar. La vida no recomenzará mañana como si nada hubiera pasado. Había el antes, y habrá el después de Novy Atagui, que no sabemos en qué consistirá, pero que debería ser diferente. Se han sobrepasado los límites del horror. Para que esta adversidad nos haga madurar, hemos de sacar de ella una enseñanza. No se trata sólo del CICR, se trata de la misión humanitaria en todo el mundo.

Este duelo, no es sólo el nuestro, en el CICR, es el de todas las personas presentes, representantes de Estados, de organizaciones humanitarias, periodistas, colegas y amigos. No sólo porque nos acompañan ustedes hoy, sino porque, si no se reacciona, este duelo tronchará un ideal que es un bien común de la humanidad.

Reaccionar, sí. Pero, ¿cómo? Manifestando, como lo hacemos aquí, desesperación e indignación. Los voluntarios de lo humanitario corren cada vez mayores peligros. Pero, ¿qué mundo es éste donde, en algunos países, ni la Cruz Roja ni la Media Luna Roja pueden ofrecer sus servicios? ¿Es un mundo en el que han de limitarse a observar desde el exterior, impotentes, los daños que causan los conflictos a puerta cerrada? ¿Qué mundo es éste en el que las palabras hermosas, los compromisos, no surten, a menudo, efecto alguno? ¿Es un mundo en el que la inacción, e incluso el silencio de algunos de los que pueden actuar en la escena política para poner término a las violaciones del derecho internacional humanitario, sea cual sea el continente, pueden acercarse tanto al comprometimiento, en el que la situación es tan caótica, que el CICR ya no identifica, ya no encuentra a los actores de la violencia con quienes poder dialogar, en el que lo humanitario se ha convertido en una baza política, en el que las esperanzas de paz corren peligro de desvanecerse, debido a la cobardía.

Este mundo es el nuestro. No nos engañemos. Para con nuestros colegas de Novy Atagui y para con todos los demás actores humanitarios que han perdido la vida, tienen ustedes el deber de reaccionar. De nuevo, siempre y cada vez mejor. Deben hacer que este mundo no sea el de nuestros hijos.

¿Cómo concluir? Las palabras no bastan. Pero quizás no deba haber conclusión. Demos libertad a nuestro pensamiento, para que vaya hacia

los familiares de nuestros colegas muertos, en Chechenia y en Burundi, hacia el equipo de nuestros delegados en todo el mundo y, particularmente, en Europa oriental y en Asia central, que continúan realizando su misión con el corazón dolorido. Dejemos volar nuestro pensamiento hacia la población civil de Chechenia, sea la rusa sea la chechena, que tanto ha sufrido, los heridos, particularmente los del hospital de Novy Atagui que con tristeza tuvimos que abandonar, los prisioneros, los enfermos, los que tienen hambre, frío o miedo.

*Marion Harroff-Tavel*  
ex delegada general adjunta  
para Europa oriental y  
Asia central